

LA SAMARITANA

Estando un día Jesús
en la ciudad de Samaria,
junto a un pozo tomó asiento
que sombra le deparaba.
Advierte una linda moza
que con gentileza avanza
y Jesús que tiene sed
pídele por favor agua.
Del limpio cántaro bebe
y refresca su garganta,
mientras la moza le mira
y en su hermosura repara.
Son tan divinos sus ojos,
en su rostro hay bondad tanta,
que turbación le produce
el fulgor de su mirada.
—¿Cómo a la campiña sola
viene moza tan gallarda?
—dice Jesús— y contesta
la bella samaritana:
—No tengo a nadie, Señor
y es su voz tan apagada
como el soplo de la brisa
que juguetea en las ramas.
«Siete galanes que tienes
y ninguno te acompaña».
Con dos rosas el rubor
manifiéstase en su cara;
su blando pecho se agita;
invade su ser un ansia
hasta entonces no sentida
y de hinojos a sus plantas
dice contrita a Jesús:
—¡Dadme a beber vuestra agua
que transforma corazones
y apaga la sed del alma!

Enriqueta Reus.

Semana Santa 1958.